

Pueblo de Leyenda: Un nuevo mundo

Edgar Padilla García



Image not found.

Capítulo 1

1. La bienvenida

El viaje había sido de lo más incómodo y desalentador. No solo por sus perseguidores, sino por la carencia de comida, agua y comodidad; estaban obligados a vivir como pordioseros. El grupo original se había dispersado. Muchos se habían ido por su cuenta y solo un pequeño grupo se mantenía unido. El tiempo y las penas había afianzado sus lazos, pero eso no hacía más ameno su viaje estando encerrados en la húmeda y oscura bodega de un barco mercante.

Soportar el hambre representaba un esfuerzo extraordinario de tolerar considerando que algunos podían devorar a un hombre fácilmente. Iniciar una carnicería era lo que menos querían; se encontraban débiles y sentían un frío paralizante, contar con la calidez de otra persona era una de las pocas cosas reconfortantes.

El mar no había sido generoso. El viaje había sido picado y el oscilar de la marea provocó el vómito en más de uno. A pesar de eso aún estaban esperanzados. Estaban a punto de llegar a su destino. Habían escuchado rumores sobre un lugar donde podían vivir en paz, sin tener que ocultarse. Se manejaban como un pueblo común sin la mirada del Majestic, el grupo paramilitar que los había regido y apartado del mundo. Decían que convivían en paz con los lugareños sin mayores problemas. No eran vistos como fenómenos ni eran temidos. La imagen le resultaba imposible para quienes lo tachaban de simples cuentos de hadas y separaron su camino en cuanto se vieron libres. A pesar de ser demasiado perfecto, se aferraron a la idea de que podían tener un lugar en el mundo. Podía estar ahí, un lugar donde no sentirse con miedo constante. Con esperanza se embarcaron en peligrosa travesía.

La tormenta nocturna era lo que menos les importaba a los que aguardaban el arribo del siguiente barco que prometía traer una jugosa presa. Tal vez pudieran tener un bono por su trabajo, se saboreaban los más codiciosos. Uno de ellos era conocido como Alfiler, un sicario de poca monta convertido en jefe de un escuadrón de asesinos; alguien que ya era un monstruo desde antes de ser un monstruo. Encontró su lugar en el mundo infame y ahora se encontraba en la cúspide de sus detestables labores. Orgulloso por verse a sí mismo como un sobreviviente, lo demostraba poniéndose por encima de sus subalternos en ese paraje tormentoso, parado sobre unos contenedores metálicos como un halcón esperando a su presa.

-¿Seguro que va a llegar? Hemos estado aquí por horas. –dijo uno de sus hombres.

-Llegará si no se perdió en el mar. Tenemos todo el tiempo del mundo ¿acaso tienes algo más que hacer esta noche? No se quejen y estén atentos. –contestó Alfiler.

-Con esta lluvia no se puede ver nada. – se quejó uno de sus matones.

-¿Qué querías? ¿Que llegaran en yate de lujo? Deja de portarte como una niña. Creo que ya veo algo.

-¿Falta mucho para llegar? –dijo una pequeña niña de cabello rubio que se encontraba recargada en el regazo de su padre, este descansaba la espalda contra la metálica pared del barco.

-Dentro de poco llegaremos Elsa. No te desesperes.

-Todo este viaje ha sido una porquería. –exclamó la hermana mayor de Elsa que estaba a un lado mostrando su disgusto.

-¡Elena! No hables de esa manera con tu hermana aquí. –ordenó la madre de ambas.

-¡Es la verdad! No nos ha ido mejor desde que escapamos, cambiamos una jaula por otra. Siempre ocultos. Hubiera dado lo mismo si nos quedábamos encerrados. –se quejó furiosa.

-Nos hubieran asesinado niña. –dijo un hombre de baja estatura, piel verdosa, vestido con un traje sastre empolvado y sosteniendo un pequeño bastón.

-¡Elena! ¡Cálmate! Estas molestando a los demás. –ordenó su padre.

-¡No puedo! Tengo hambre, frío, mi ropa esta deshecha. No lo soporto. No tenemos casa y no sabemos si exista ese lugar. Odio este barco. Odio que nos persigan. Deberíamos haber peleado. No hubieran podido contra nosotros. –exclamaba Elena, con lágrimas de furia brotando.

-¡Nos hubieran aniquilado! Cálmate por favor. –dijo su madre abrazándola.

-Puedo ayudar con esto. –se acercó una mujer vestida de andrajos, hermosa, de facciones finas, una piel visiblemente tersa y brillante más allá de lo normal. Se acercó a Elena tocándole el rostro con

su mano que se sentía como cálido terciopelo –Cálmate. Sabemos lo que sientes. –las palabras de la mujer repercutieron en la mente como un relajante eco sobrenatural. Con eso Elena pudo recordar instantes de felicidad, tiempos mejores cuando no guardaba tanta furia. Recordó cuando vivía como una chica normal en una pequeña isla española, tenía amigos, estudiaba y tenía cenas familiares. No importaba lo que paso después, no importaba cuando irrumpieron su casa llevándolos a la fuerza, no importaban los días encerrados en incómodas celdas, ni el incómodo viaje después de haber escapado. Elena se relajó y se dejó abrazar por su madre.

-Gracias. Es muy difícil para ella. –dijo el padre de Elena a la mujer.

-Tengo esa facilidad. –contestó la mujer.

-Espero no haberlos molestado.

-No se preocupe. –contestó un hombre muy grande y fornido que tenía a un niño pequeño cubierto con su enorme mano, casi abarcándolo por completo. –Sabemos lo que siente. Todos pensamos lo mismo.

-Escuchen. Ya llegamos. –gritó el hombrecillo de piel verde.

Todos se levantaron. Con ánimo caminaron a la salida sin saber lo que les esperaba.

Cuando el barco atracó, Alfiler se colocó frente a la puerta de descarga. Uno de los miembros de la tripulación se le acercó extrañado.

-¿Se le ofrece algo? ¿Es de la aduana? –preguntó titubeando ante la apariencia amenazante de Alfiler, cuya piel pálida le parecía anormal.

-Estamos esperando una carga que viene en este barco. Ábralo. –ordenó.

-Está confundido con el procedimiento. El barco tiene contenedores con exportaciones. Primero tienen que ser registradas por la aduana antes de que se entreguen. –contestó el empleado tratando de mostrar autoridad.

-¿Este barco hizo una escala en alguna parte de Europa?

-En varias partes. El pedido era muy extenso y se dejaron contenedores

en muchos países.

-Sí. Tiene el aroma de sangre europea, algo de esencia española y de pasta italiana. Tal vez algunos sean de Irlanda. –comentó Alfiler como si estuviera olfateando el aire, como un animal buscando su presa.

-¿A qué se refiere?

-A la mercancía. Espero que tengan un sabor diferente. –siguió balbuceando Alfiler sin prestar atención a la confusión del hombre.

-No sé de lo que habla, será mejor que se identifique.

Alfiler observó al hombre delgaducho como si de un bicho se tratara y sin que se diera cuenta lo atrapó del cuello apretándolo con sus fuertes dedos parecidas a zarpas de halcón. El hombre sintió como el oxígeno dejaba de pasar por su garganta y como sus pies se despegaban del suelo, levantado con una sola mano.

-Abre la puerta. –ordenó Alfiler mostrando unos afilados colmillos que sobresalían de su boca en donde antes estaban unos dientes normales.

El hombre se espantó con la mirada del demonio y asintió. Alfiler lo soltó y corrió en dirección a los controles de la puerta, activó el mecanismo y volvió a salir corriendo sin querer saber nada de lo que pasaría.

La compuerta comenzó a abrirse lentamente mientras los secuaces de Alfiler se agrupaban. El rechinar de los engranes superó por un momento el ruido de la tormenta. Al abrirse se escuchó el golpe cuando el metal impactó contra el piso del muelle. Dentro parecía que no existía un alma. Alfiler agudizó sus sentidos, acercándose cuidadosamente, paso a paso. Sus ojos sangrantes con venas oscuras a su alrededor veían mejor en la oscuridad y podía percibir movimiento. Su olfato no le engañaba, más de un vampiro se encontraba dentro junto a otro montón de fenómenos.

-Se están ocultando. Saben que los esperamos.

Una vibración lo hizo alertarse. Era como una manada animal arremetiendo en su contra. La oscuridad se despejó, pudo ver a un hombre de enorme musculatura y descomunal tamaño corriendo con intención de embestirlo. Esquivó al gigante dando un salto, pero los hombres que se encontraban detrás fueron lanzados como pinos de boliche por la mole de músculos. El niño que protegía ahora se aferraba a su espalda para no separarse de su enorme amigo. Después del gigante, los demás salieron en desbandada como ratas saliendo de una alcantarilla. Alfiler vio la cantidad de seres que salían, eran más de los que esperaba,

pero su prioridad eran solo algunos.

-¡No se queden parados! ¡Atrápenlos! ¡Atrapien a todos los vampiros!

Sus secuaces mutaron, mostrando sus enormes colmillos, sus ojos llenos de venas negras, garras afiladas aparecieron en sus manos y con ellas dieron saltos ágiles para atrapar a todos los que se lanzaron en fuga.

El pequeño hombre de piel verdosa saltaba con agilidad, su pequeño tamaño le hacía fácil esquivar a sus perseguidores y su bastón le servía como arma para mantenerlos a distancia. Logró colarse en una pequeña abertura entre los contenedores donde alguien más grande no podría alcanzarlo. Se escabulló como un insecto resguardándose y pudo ver como sus compañeros caían como moscas.

La bella mujer, vestida de harapos, no era ágil, fue atrapada por un de atroz sanguinario, pero contaba con un arma inesperada, el toque de su mano y sus palabras.

-“Te encuentras calmado” “No quieres hacerme daño” –le dijo produciendo una sensación de calma.

El sanguinario aflojó los brazos lo suficiente como para que pudiera soltarse y correr. Se quedó confundido, sin saber qué hacer, se despabiló y salió corriendo en su búsqueda, pero la mujer ya había encontrado un escondite entre los pasillos formados por las cajas.

Elena y su familia se movían a la velocidad que su condición hambrienta le permitía a un vampiro. Corrían entre los contenedores esperando encontrar una salida. En la vuelta de uno de los contenedores se toparon de frente con una figura oscura, vestido con una gabardina negra que escurría agua de lluvia sin perder pulcritud malévol. El hombre levanto la mirada y vio al padre de Elena. Su rostro era afilado con unas grotescas cicatrices que acentuaban su monstruosidad, la sonrisa malévol le deformaba el rostro y lo convertía en un demonio de afilados colmillos.

-¿Se van de la fiesta? –dijo el hombre.

-¿Quién eres tú? Hazte un lado. –amenazó el padre de Elena mostrando sus colmillos.

-Tengo muchos nombres, mi favorito es Zero. Llámame así. En realidad, no importa, no vamos a platicar mucho.

Zero apresó al padre de Elena como si tuviera unas zarpas en las manos. Sus hijas reaccionaron gritando de terror. Los rasgos

vampíricos se mostraron en el rostro de Elena y su madre, resaltando sus pómulos y su frente.

-Yo también puedo hacer eso. -dijo Zero mostrando sus largos colmillos.

Con maestría sujetó el brazo del padre de Elena y como si fuera un palillo lo rompió a la mitad. Un grito de dolor fue ahogado por los truenos de la tormenta. Elena lo atacó y este la empujó tirándola sobre el agua encharcada, la fuerza que usó hizo parecer que había caído una bomba en el charco quedando aturdida e inmóvil.

-¡Deja a mis hijas! - la madre de Elena se lanzó sobre Zero y este ni siquiera se movió cuando la atrapó de la cabeza.

-¡Mamá! -gritó Elsa.

-¡Corran! -ordenó su madre.

-¡Corran! ¿Dónde queda la diversión sin resistencia? -exclamó Zero mientras se acercaba.

El padre de las niñas trepó por encima de Zero a pesar de tener un brazo inutilizado. Logró derribarlo y que soltara a su mujer, pero lo atrapó del cabello y azotaron su cabeza contra el suelo, un golpe que hubiera sido mortal para alguien normal, fue como el impacto de bala de cañón dejando una grieta que se llenó con el agua de lluvia teñida de rojo por la sangre.

-¡Papá! -gritó Elena.

-¡Llévate a tu hermana Elena! -le gritó su madre mientras forcejeaba.

Elena tomó a su hermana con fuerza. Ponía resistencia por querer dejar a sus padres.

-¡VAMOS ELSA! -ordenaba Elena.

-¡NO! ¡PAPÁ! -gritaba llorando mientras salían corriendo y veían como su madre era tomada del cuello hasta casi asfixiarla.

Zero pudo haber seguido a las niñas, pero no le dio importancia, podía tomarse las cosas relajadamente. Estaba seguro de que habían capturado un buen grupo de vampiros, las niñas podían esperar, tenía todo el tiempo del mundo.

Elena trataba de mantener a su hermana seca bajo la protección del umbral de una casa abandonada. Había corrido hasta quedar exhausta sin darse cuenta cual camino tomaban. Simplemente corrieron hasta cansarse, deteniéndose en cualquier lugar donde protegerse en medio de la oscuridad. Cansadas y derrotadas se tumbaron contra una pared. Elena solo podía mirar hacia el horizonte esperando que no apareciera algún sanguinario. Elsa lloraba de miedo, Elena trataba de calmarla, pero siguió llorando durante horas antes de quedar dormida. Elena le tenía envidia por poder quedarse dormida a pesar de las circunstancias, pero comprendía que seguía siendo una niña de 7 años. Ella era una adolescente, la hermana mayor y ahora, la única familia con la que contaba. No podía darse el lujo de descansar.

Con sus sentidos enfocados pudo observar una pequeña luz a la lejanía, una especie de luciérnaga que se iba acercando vibrante. Le parecía lejana, hasta que se dio cuenta de que la fuente de luz era pequeña. Se movía errática hacia ellas. La luz cobró forma, pudo ver unas alas grandes, acompañadas de un pequeño cuerpo humanoide y de apariencia femenina. El pequeño ser no le causó miedo, la dejó acercarse hasta quedar de frente. Tenía un rostro definido, como de una niña con un cuerpo de mujer, sus ojos eran blancos y sin un solo cabello en todo su cuerpo. Parecía querer jugar con ellas.

-¿Qué es eso Elena? –preguntó Elsa al despertarse.

-Parece un hada.

La pequeña figura solo se comunicaba con leves silbidos.

-Quiere hablarnos. –dijo Elsa mientras la pequeña criatura silbaba más fuerte.

-Espera. No te alborotes. Te puede escuchar alguien. –exclamó Elena.

Un temblor se sintió en la cercanía. Un vibrar uniforme y pausado como de un caminar pesado. La enorme figura que antes estaba acompañándolos en la bodega del barco se posó junto a ellas con el pequeño niño al cual cuidaba en su hombro. A su lado se encontraban la mujer de piel brillante y el pequeño hombrecillo de piel verdosa.

-Las encontraste Pixy. –la felicitó el hombrecillo.

Elena y Elsa se levantaron al ver la comitiva.

-¿Nos estaban buscando? –preguntó Elena.

-Buscamos a los pocos que lograron escapar. Es mejor mantenernos unidos mientras podamos, querida. –agregó la mujer brillante.

-Se... se llevaron a mis papás. –sollozó Elsa antes de soltarse a llorar.

-Lo sé pequeña. Tranquila. Haremos lo posible para encontrarlos. –dijo abrazándolas.

-¡Será tan fácil! –exclamó el hombrecillo verde en tono sarcástico. –Esos tipos ni siquiera eran del Majestic.

-Eran Sanguinarios. Humanos corruptos por sangre de vampiro. Se enfocaron en ellos, tal vez por hambre. Por eso nos dejaron ir. –explicó el hombre enorme.

-¿Entonces qué hacemos con estas niñas? Ellas son vampiros. –exclamó el hombrecillo.

Elena y Elsa se abrazaron con fuerza ante esta acusación.

-Cálmate Patrick. No las vamos a dejar a su suerte. Llegamos juntos y nos mantendremos así. –aclaró la mujer. –Discúlpenlo. Está asustado como todos. Yo soy Selene, él es Patrick, el hada que las encontró es Pixy, nuestro gran guarda espaldas es Groo y su pequeño amigo es Nicky. –este último solo saludo con la mano.

-No es muy conversador. –añadió Groo.

-Yo soy Elena. –les dijo con algo de desconfianza. –Ella es Elsa.

-Tranquilas. Ya nos tendremos confianza. –comentó Selene.

-¿Y ahora qué haremos? –preguntó Groo.

-A lo que vinimos. A buscar el lugar del que escuchamos. El pueblo. –contestó Selene.

Capítulo 2

2. Nuevas tierras, nuevas esperanzas

Desde hace siglos se cuenta una leyenda deformada por el tiempo. Un pueblo antiguo y en el olvido fue fundado por dos hermanos radicalmente diferentes; Tezca infectado por el hambre de poder y Quetza de bondad y sabiduría innata. Los dos hermanos se amaban, eran especiales más allá de lo imaginable y solo se tenían el uno al otro. Eran seres que se fortalecían con la sangre, los volvía inmortales, más fuertes y veloces; capaces de poder abrir los pensamientos de las personas y conocer sus ideas. Eran amados y temidos. De ninguna manera comprendidos.

Su pueblo se convirtió en un imperio y las diferencias de los dos terminaron provocando un conflicto de poder. La preferencia que tenían por la bondad de Quetza provocó la envidia de Tezca. A pesar de todo el cariño que le tenía no soportaba que su autoridad fuera pasada por alto. Envenenado de mente por las conjuras de sus consejeros, que veían en Quetza una amenaza para sus jerarquías, lograron que se enfrentaran en una cruel batalla. Tezca un guerrero nato, entrenado desde pequeño, alimentado con la sangre de soldados y generales, contra su hermano amante de las artes y del estudio sin preparación para la batalla. Quetza fue derrotado sin ninguna oportunidad, condenado al destierro. Parecía un destino terrible, pero significó su liberación. Siempre quiso saber que existía más allá de los límites del reino y su hermano se quedó consumiéndose en sus propios rencores, algo que con el tiempo lamentaría y le traería fatales consecuencias.

Los golpeados y oprimidos siguieron a Quetza con la esperanza de un mejor porvenir. Lo siguieron sin importar que no supiera a dónde ir, que no conociera los caminos que iba a recorrer. Pudieron volver al norte, caminos ya recorridos, pero su ánimo explorador le sugirió ir al sur, hacía tierras inexploradas. Para sus seguidores, que jamás habían conocido nada fuera de su ciudad, les parecía impresionante llegar a las orillas del mar. Se dijeron que ese era el límite de lo que podían conocer. Algunos no soportaron el trayecto y se quedaron en el camino formando pequeñas tribus. Quetza no quería dejar de avanzar, quería llegar hasta donde ya no pudiera avanzar más. Pocos lo siguieron hasta el final.

Después de varias lunas llegaron a un valle en donde encontraron por primera vez un pueblo diferente. Hablaban otro idioma y vestían ropas coloridas. Lo que más llamó la atención era que sus líderes eran diferentes en un sentido especial. Cuando los miraban a los ojos podían percibir un brillo que jamás habían, como si contuvieran estrellas. Los llamaron "Iluminados".

Aunque el miedo a los extranjeros se hizo presente, los Iluminados se fascinaron con Quetza a quien reconocieron como diferente. Uno de ellos se acercó y lo tocó. Al momento del contacto Quetza sintió una descarga de información, una carga de palabras y símbolos que se ligaban a conceptos conocidos, un nuevo idioma y mundo se le había abierto, solo lo suficiente para poder comunicarse. Esa apertura fue mutua. Ellos tampoco habían salido del valle que consideraban su hogar. Los conocimientos y habilidades extraordinarias que poseían eran un regalo de los espíritus del cielo.

“¿Espíritus del cielo?” Les preguntó Quetza intrigado.

Hacía una cantidad incontable de lunas habían llegado a ese valle, seres de luz que carecían de un cuerpo. Sobrevivieron haciendo un pacto sincero con la naturaleza y los animales, vivían dentro de los seres que se los permitían y a cambio les otorgaban el conocimiento de los cielos. Cuando llegaron el mundo era diferente, sabían que había cambiado, pero llegaron a creer que el mundo era igual en todos lados y que lo que conocían era lo que existía. Quetza se fascinó con la historia. Jamás pensó que alguien pudiera vivir en el cielo y los Iluminados jamás imaginaron que existieran más pueblos y mucho menos alguien con sus habilidades.

Los Iluminados le preguntaron “¿Qué eres tú?”

Él les respondió “No lo sé, hay muchas cosas que no sé.”

“¿Hay más como tú?”

“Solo conozco a uno más. Pensé que no existía nadie más que fuera diferente.”

“¿Habrá en otros lados más gente diferente?”

“¿Los hay en el cielo de dónde vienen?”

“No lo sabemos”

“¿Los habrá más allá del mar?” Se preguntaron sin haber una respuesta.

La mañana había sido tranquila para Coyote. Estaba jugando cartas con Iki Balam bajo la sombra de un pórtico de madera en una casa rústica que ahora era su hogar. Los días habían sido tranquilos desde hace algunos años cuando llegaron a ese valle selvático en la península de Yucatán. Para Barlow era un terreno conocido en el que podrían pasar desapercibidos. Fue cierto a medias. No habían sido encontrados por el Majestic desde que escaparon del Biodomo, pero los lugareños sí los

habían notado, comunidades pequeñas en las que algunas seguían hablando lenguas indígenas y que tenían cierta tendencia a desconfiar de los fuereños. Afortunadamente algunos tenían conocimiento de la lengua por lo que la comunicación no fue difícil y ayudó a que los vieran con cierta normalidad a pesar de que notaban visibles diferencias. Se justificaron con modas del mundo urbano, diferencias de etnias y algunas desafortunadas variaciones físicas de nacimiento, fueron aceptados con reticencia. Para Barlow eso era un buen comienzo para construir una relación con los locales. Ese positivismo que podía ser exasperante pero que era parte de su personalidad y se hacía costumbre.

La presencia de Cristian y los insurrectos del Majestic había sido una fortuna a pesar de la terrible relación que habían tenido. Habían sido un vínculo espiritual con la gente común. A pesar de que los lugareños los reconocían como ajenos también le daban cierta credibilidad a las justificaciones que inventaban. Que tuvieran habilidades que ayudaban y se prestaran a la cooperación hizo que todas las diferencias se volvieran tolerables. Lograron algo que en un principio les parecía una locura, estar ocultos a plena vista.

Coyote se dio cuenta de que la mejor manera de defenderte contra los que te ven diferente es tratándose a sí mismo como una persona normal, si tenías a alguien más que te apoyara se volvía más sencillo y si lograban que más gente lo aceptara los demás lo aceptarían como si fuera un contagio. Estaban creando su propia versión de la realidad.

El humor de Coyote se suavizó, no estaba siempre a la defensiva. Tenía una labor asignada que disfrutaba, seguía siendo el más celoso vigilante de los alrededores. Había cambiado por completo su estrategia para tratar a los extraños. Utilizaba sus dotes de maestro de la confusión con cada nuevo entrometido o curioso que se llegaba a aproximar y eso le encantaba. En especial cuando sus dotes de blofeador ya no le servían en el juego de cartas contra Iki Balam.

-Te volví a ganar. Si sigues así vas a tener que recoger mi parte de la cosecha por el resto del año. –se burló Iki Balam.

-Mañana te apostaré el doble o nada. –contestó Coyote.

-¿Mañana? ¿Por qué no ahora?

-Un vehículo se acerca. –señaló perdiendo la mirada en el horizonte, en la lejanía de la terracería que pasaba frente de su casa. Había elegido construirla ahí sabiendo que la gente elige mantenerse en los caminos, si alguien se aproximaba podía recibirlo. Era algo más tenebrosa que el resto de las cabañas, había visto algunas de las películas de horror y le pareció

divertido ser el viejo siniestro que advierte de los peligros.

-Sentí algo, aunque mis sentidos ya no son lo que eran. Lo bastante lejos como para desconcentrarme del juego.

-Te estás volviendo confiado.

-Yo me alegro de saber que sigues manteniendo tu esencia de guerrero precavido. Hay cosas que nunca cambian. –dijo Iki sonriendo.

Entre la maleza alta había movimiento. Algo que se agitaba y parecía correr hacia ellos. Al llegar hasta el camino Trip el pequeño chaneque se volvió visible.

-¡Extraños vienen Sr. Coyote! ¡No son lugareños Sr. Iki! –exclamó apurado.

-Lo sabemos. Cálmate. –dijo Iki.

Los lugareños no eran muy dados a usar vehículos del tipo que percibían, elegante y urbano, si llegaba uno hasta esos lugares alejados de la ciudad tenían que ser turistas o viajeros perdidos, en cualquier caso, solo se limitaban a darles instrucciones de regreso a la carretera, aunque algunos eran difíciles de alejar y Coyote se divertía montones con esos.

-Ya se alcanzan a ver. –advirtió Coyote.

-¿Me oculto señor? –preguntó Trip.

-Quédate. Así será más divertido. Solo no te desaparezcas y aparezcas.

El vehículo que se acercaba era un sedán sin capacidad de carga ni siquiera para un bulto de paja. Chico por lo que ni siquiera podría presumirse de que se tratara de un tour, pero no se podía descartar que solo fueran unos turistas que se desviaron del camino.

Coyote se paró en medio de la terracería con su imponente figura, sus vestimentas andrajosas y grises. Sus garras ya no eran visibles por unos guantes de piel confeccionados para disimular esa característica. Cubría sus ojos con unos lentes oscuros, aunque no era algo que le agradaba. Tenía la apariencia de un jeque árabe caído en la desgracia.

El automóvil bajó la velocidad y se pudo distinguir a los ocupantes. Una pareja, el hombre tenía un perfil serio con gafas de pasta gruesa, cabello relamido hacía un lado con una cantidad exagerada de gel que le daba una apariencia demasiado brillante, como si tuviera un casco en la cabeza; La mujer era morena de mediana edad, de rasgos muy finos y atractivos, mostraba un rostro relajado y amigable que se resaltaba por

su ligero maquillaje, el cabello ondulado no cubría ninguna característica.

-¿Quién es ese? –preguntó el hombre a su acompañante.

-Espero que no sea un criminal o un loco. –contestó.

Coyote se aproximó y quedó a un costado del vehículo frente a la ventanilla del conductor. El hombre de las gafas bajó la ventanilla y lo vio con algo de miedo.

-Disculpe ¿Se le ofrece algo? –dijo Coyote.

-¡He! Solo vamos de paso. –respondió el hombre.

-Jorge. Pregúntale sobre el lugar que buscamos. –comentó la mujer.

-Yo sé por dónde vamos Laura.

-No sabemos. Todavía no aparece en los mapas. Este hombre podría indicarnos el camino. Se ve que lleva tiempo aquí. Hasta hay más gente. Mira, hay un niño y un anciano. –señaló la mujer a Iki y a Trip.

-Creo... que necesito cambiar de anteojos. Me parece que ese niño tiene cola.

-No divagues.

-Entre más lo veo más me convenzo.

-Debe de ser un juguete o algo de la ropa. –se intrigó la mujer.

-Ese niño tiene cola mis amables visitantes. –declaró Coyote sonriendo sin que lo vieran por sus harapos que le cubrían la boca.

-Pobrecito. –lamentó la mujer.

-Es una condición de nacimiento. Una cola vestigial ¿Ha escuchado de ellas?

-Lo he escuchado mencionar. Jamás pensé que pudieran ser así de largas. Es como un látigo, hasta la puede enrollar.

Coyote observó a Trip, se dio cuenta de que estaba enrollando y desenrollando su cola en movimientos serpenteantes.

-Una condición rara. Para nada peligrosa, salvo por las burlas de la gente no muy amable. Espero que ustedes sean tan amables de no mencionar nada. –dijo Coyote mirándolos como acusándolos de algún crimen. Hizo

sentir un escalofrío a Jorge a pesar de que no podía ver sus ojos animalescos detrás de los lentes de sol.

-No... se preocupe. –respondió Jorge titubeando.

-No sería capaz de burlarme de algo así. Incluso se ve tierno. –comentó Laura.

-Dijeron que buscaban un lugar. Si gustan les puedo indicar amablemente el camino de regreso a la carretera. –indicó Coyote.

-El lugar que estamos buscando no está conectada a ninguna carretera. A lo mucho se ha formado un camino de terracería. Es una comunidad de creación reciente o eso es lo que suponemos. –dijo Jorge.

Coyote se puso suspicaz ante esa respuesta. Esperaba que la comunidad no fuera "su comunidad". Iki Balam se dio cuenta de que su compañero se estaba retrasando en despachar a los visitantes por lo que se acercó para ver si necesitaba ayuda.

-¿Sucede algo? –hablo con presencia pero con amabilidad.

-Estas personas están buscando una "Nueva comunidad". Yo no recuerdo ninguna comunidad nueva por aquí.

-¿Para que la buscan? –preguntó con seriedad.

-Solamente es para ir al corriente en los registros. Las comunidades y pueblos se van formando siempre. Tenemos que estar actualizados. Ya saben. Para contingencias y cosas por el estilo. La prensa no perdona cuando una comunidad se ve muy desprotegida. –contestó Jorge.

-¿Son del gobierno? –dijo Iki haciendo una mueca.

-Somos de una organización no lucrativa que se dedica a la ayuda de comunidades vulnerables. –respondió Laura.

-¿No lucrativa? –Coyote se mostró preocupado.

-Significa que no busca obtener ganancias con su labor. –declaró Laura.

-Eso es difícil de creer. –replicó.

-Bueno. Los benefactores obtienen ganancias no monetarias. Reducción de impuestos o mejora de la imagen de las empresas que nos patrocinan. Cosas por ese estilo.

-¿Y para eso necesitan de la prensa? –dijo Coyote en todo intimidante.

-Nuestra principal preocupación es ver las necesidades de las personas más desprotegidas. Todo lo demás es circunstancial. Es por eso que nos dio curiosidad esta comunidad que parece estar muy presente últimamente.

-Supongo que se refieren a la pequeña comunidad que se encuentra unos kilómetros más adelante. Es la más nueva. –señaló Iki a pesar de la mirada fulminante que le estaba dedicando Coyote a través de los cristales oscuros.

-Pero no tan nueva. –corrigió Coyote.

-Vez. Te dije que no estábamos perdidos. –indicó Jorge.

-No estamos seguros. Solo vamos a registrar. –contestó Laura.

-¿Cómo supieron de este pueblo? –preguntó Iki.

-La foto satelital permite ver todo y escuchamos los comentarios de las demás comunidades cercanas. Parece ser como una comunidad Amish. Se están congraciando mucho con las comunidades cercanas. –comentó Jorge.

“Tenía que pasar” Se dijo Coyote. Era imposible pasar desapercibidos si muchas personas los veían. Hubiera preferido que fueran turistas en lugar de gente perteneciente a alguna empresa. Era consciente de lo que la industrialización podía hacer cuando llegaba a algún lugar, aunque esta fuera “no lucrativa”. A partir de ese momento quién sabe qué más llegaría.

-Muchas gracias. Supongo que solo tenemos que seguir por el camino. –agradeció Jorge volviendo a encender el auto.

Cuando los dos personajes se alejaron, Coyote no pudo evitar quitarse los lentes y darle una mirada asesina a Iki.

-No me mires así. Si no son ellos serán otros. Se ven manejables. No muy maliciosos.

-No muy inteligentes. –contestó Coyote.

-Otra forma de verlo. Será mejor que corras al pueblo para que se comporten más normales.

-Guarda las cartas y recuerda cómo vamos en las apuestas, mañana nos pondremos a mano. –dijo Coyote antes de salir disparado como un borrón

dejando una estela de polvo.

Trip se acercó a Iki con algo de duda.

-¿Quiénes eran señor? –preguntó.

-Un reto difícil que vamos a tener que enfrentar Trip.

-¿Cómo los Inquisidores?

-Algo peor Trip. La política.

En los poco más de 2 años en los que se asentaron en ese lugar, se había construido lo suficiente como para vivir aceptablemente. Ya tenían experiencia con el pueblo anterior, sabían cuales eran las habilidades que se necesitaban por lo que ya se podía ver un pueblo hecho y derecho, aunque con diferencias acentuadas con respecto a su anterior hogar. El terreno elegido era irregular, las cabañas se fueron construyendo muy separadas entre sí para evitar que el tumulto llamara la atención y estas se conectaban con senderos pedregosos que se acomodaron de manera serpenteante.

Habían vuelto a poner una plaza al centro, con una fuente y un busto en donde se podía ver la imagen de Daniel Guerrero, un homenaje póstumo a su partida, un hombre valiente que al igual que cualquiera, fue arrebatado por el tiempo. Pudo irse viendo como las cosas mejoraban, alcanzó a ver un futuro en donde todos sus amigos tenían un lugar en donde vivir en paz. Su hijo Alejandro se tomó muy en serio esa visión y continuó el trabajo que ya hacía cuando estaba al mando del Bunker que vigilaba el anterior pueblo, tomó un cargo parecido al Sheriff. Ya no había cámaras, ni sistemas de seguridad avanzados; solo contaba con varios voluntarios, en su mayoría compañeros del bunker. Los Nahuales continuaron con su labor de vigilancia de los alrededores de manera más libre. No es que se necesitara mucha gente. El pueblo era tranquilo y la mayoría se llevaban bien, pero para Alex, no estaba de más estar preparado por si el Majestic o algún grupo como los inquisidores se le ocurría presentarse.

No es que tuvieran una fuerza de choque por si volvían a tener un incidente como la invasión de los Inquisidores, pero habían tenido la precaución de rescatar lo más que pudieron del arsenal que tenían, además de tomar los recursos de los invasores; camionetas, armas, computadoras y sobre todo las armaduras que tanto trabajo les costó superar. Irónicamente algunos de los que habían sido sus acérrimos adversarios habían pasado a formar parte de sus filas, como era el caso de Simmons, que se encargaba fervientemente de la seguridad o de Heflin y Gibbs que se dedicaron a reparar las armaduras que aun podían ser

útiles y armar un rustico sistema eléctrico, sin contar con la invaluable ayuda de vaciar las cuentas de Hugo Black, su antiguo y psicópata jefe, por lo que su presencia fue tolerada y posteriormente aceptada como algo necesario para mantener funcional la comunidad.

No todos de los que salieron del antiguo pueblo continuaron con ellos. Muchos humanos que habitaban en el bunker decidieron no seguirlos, con la promesa de no decir nada los dejaron partir. Lo mismo hicieron con los Inquisidores capturados, estaban seguros de que iban a soltar la lengua, incluso iban a escribir libros o blogs de internet y posiblemente sacarían algo de dinero con sus memorias. No les importaba. Contaban con que las historias fueran tan inverosímiles que muy pocos las tomaran en serio.

No solo humanos dejaron las filas para buscar nuevos rumbos. Vampiros, psíquicos y otros que podían revolverse sin problema entre la población, decidieron volver a probar suerte partiendo a rumbos desconocidos. Algunos otros simplemente se alejaron por el ánimo de aventura al saberse libres, como en el caso de Max Schreck, quien se aburrió de tanta tranquilidad y al darse cuenta de que aún tenía mucha energía por haberse enfrentado a las criaturas del Pozo infernal, se dio a la tarea de volver a conocer el mundo.

Los que permanecieron retomaron sus actividades habituales y tomaron algunas nuevas. Axtlet y Blanca se volvieron a encargar de la siembra. Lena y Troy, los hermanos de Lu se dieron a la tarea de volver a edificar una biblioteca para proteger los documentos que habían salvado del antiguo pueblo, cuando terminaron decidieron conseguir artículos del exterior, consiguiendo trabajos comunes en una ciudad cercana y regresando cada cierto tiempo. La mayoría trabajaba en la construcción de cabañas con Amala y los miembros fuertes como pilares de construcción.

Ya no existía un alcalde, pero existían cargos de representantes que eran los que daban la cara en los problemas. Algunos de los antiguos consejeros volvieron a tomar este cargo, como Barlow que volvió a recobrar la confianza de la gente con apoyo de Cristian que resultó ser buen concejal a pesar de que antes no confiaba ni en sí mismo. Esto se debía a que tanto él como Alicia, eran los que más conocían el exterior y los guiaban paso a paso, forzándolos a redescubrir el mundo. A los jóvenes les abrieron posibilidades. Lu pudo disfrutar de nueva música, aunque seguía prefiriendo los viejos clásicos. Disfrutaban ocasionalmente del cine y pudieron conseguirse algunas televisiones en donde ver los VHS y algunos DVD. Los más viejos vieron como cambiaban las cosas, algunos aceptándolo y otros quejándose por la nostalgia.

Volvieron a retomar el esquema de educación que tenían, donde los maestros eran voluntarios. Alicia cooperó dando clases a los más pequeños, a lo que le tomó gusto. Poco a poco se fue haciendo de un

pequeño grupo predeterminado. Obtuvo un trabajo menor de medio tiempo apoyando a una escuela rural cercana de la que aprendía técnicas de educación que aplicar con sus propios niños. Pudo incluir a niños con habilidades no tan ostentosas dentro de las clases regulares para que se fueran acostumbrando a la vida exterior. Moni había encontrado su lugar como enfermera, aprovechando sus habilidades curativas, apoyaba a Alicia en su clase y disfrutaba de ello, ya que sentía que sus conocimientos y habilidades por fin estaban siendo útiles, aunque tenía que actuar usando gasas y pastillas de azúcar para disimular que estaba usando sus poderes.

La relación entre Cristian y Alicia había mejorado mucho, le contó su historia y la razón por la que habían pasado tantas penurias. La lucha por el amor de su madre, la conflictiva relación con su abuelo, las trágicas y egoístas decisiones que tomó, desembocando en su inestable vida perseguidos por el corrupto Héctor Frías y sus sicarios. Alicia comprendió que eran cosas que no se podían controlar y no hubo mala intención en ellas, lo perdonó, haciendo un pacto de honestidad.

Bram tampoco le recriminó a su padre por ocultarle la trágica muerte de su madre a manos de su detestable tío y la decisión imposible que le obligó a tomar. Su relación siguió tan bien como siempre. No podían culparlo de que su hermano fuera un megalómano asesino. Con una buena relación concentraban su tiempo en que aprendiera a usar sus habilidades de vampiro. Una actividad muy disfrutable, sobre todo después de pensar que nunca se le iban a desarrollar.

Todos se sentían bien; mucho mejor después del enfrentamiento contra los inquisidores, las bestias del pozo, la destrucción de su antiguo hogar y un pequeño éxodo en el que se sintieron perdidos en el limbo. Aunque ya no se podrían considerar aislados, el mundo les seguía pareciendo ajeno. Se tendrían que dar cuenta de que no se pueden apartar, la realidad tiende a inmiscuirse irremediabilmente. La llegada de Laura Buendía y Jorge Del Carpio significaba el primer paso para la invasión mutua de dos mundos.

Capítulo 3

3. Nuevas formas de actuar

Laura Buendía había sido una niña soñadora. De esas que se duermen pensando en el amor de cuento de hadas. Nada extraño salvo por la terquedad de no abandonar esa idea conforme crecía, lo que propició que los golpes de la vida le afectaran de sobre manera. A veces ingenua, en ocasiones demasiado idealista, no pudo evitar las desilusiones que le hicieron comprender que no por amar mucho se tenía que ser correspondido; que no por mucho esforzarte tienes que tener una compensación y que el amor no lo vence todo.

Se casó joven, enamorada de un hombre al que vio cómo su príncipe. Le fue bien por un tiempo, a pesar de que los vestigios del verdadero humor de su esposo se asomaban en momentos. Rabietas y malos tratos que matizados con ojos del amor se dejaban pasar. Con el tiempo se dio cuenta de la poca tolerancia que tenía su marido, poca tolerancia a las cosas que no se hacían como quería, poca tolerancia a sus familiares, amigos, y especialmente a los hombres que se querían acercar. Por el contrario, ella toleró lo más que pudo, con la idea de que podrían regresar a ser tan felices como cuando eran novios, sin ponerse a reflexionar que esa imagen solo había estado en su mente.

Un desagradable incidente la hizo reflexionar. La bebida y la inseguridad se apoderaron de su esposo. Ideas paranoicas ocuparon su cabeza en las noches en las que quería descargar sus frustraciones. Un día simplemente llegó con la excusa de que estaba siendo engañado. La paranoia lo llevó a la violencia que terminó en una visita al hospital para Laura. Esto hizo que diera por terminada esa faceta de su vida. Un tortuoso proceso que le provocó estrés y ganas de rendirse para simplemente volver a lado de su muy defectuoso esposo, lo que le era dolorosamente conocido. Logró superarlo, pero la niña soñadora se había agazapado dentro de ella; temerosa de salir, desconfiada del mundo. Creyó que eso era madurar, aunque muy poco tuviera que ver, solo fue cerrar con un candado su corazón.

Consiguió un trabajo estable administrando programas de ayuda a comunidades desprotegidas. No muy glamuroso pero sustancioso. Atrás se habían quedado los sueños de viajar por el mundo con el amor de su vida, su trabajo monótono al menos le permitía viajar de vez en cuando, además de sentir que estaba haciendo algo para mejorar el mundo; una ganancia que permitía sobrevivir a la soñadora Laura que apenas asomaba la cabeza de vez en cuando.

Ese miedo se reflejaba en su relación con los hombres. Seguía siendo una mujer atractiva a la que no le faltaban pretendientes, pero ya no tenía la

capacidad de ilusionarse con el amor. Jorge abiertamente se le había insinuado, aunque solo podía verlo como un amigo y ni siquiera muy cercano ya que la personalidad inflexible y cuadrada de Jorge le evitaban compartirle sentimientos. Aun así, Laura en el fondo quería seguir siendo una joven soñadora. Afortunadamente estaba a punto de entrar en un lugar que le haría volver a soñar.

Alicia había terminado su jornada en la clase improvisada con niños a los que apenas les estaba enseñando los colores, números y letras. Era difícil porque no todos los niños entendían español, algunos eran niños de las comunidades indígenas cercanas. Las familias de estos cada vez la buscaban más, no muchos se prestaban a hacer ese servicio y menos en lugares alejados. Tanto ella como su padre tuvieron que ir aprendiendo Mayense y Nahuatl para poder hacer sus labores. Era motivante y le parecía que estaba descubriendo una vocación.

Como todos los días Bram y Lu, la esperaban junto con Moni a lado del camino para regresar juntos. Ya habían pasado la pubertad y eran unos jóvenes con sueños ambiciosos. Con su reciente apertura ya no veían tan alejadas las posibilidades del mundo moderno y sobre todo sus entretenimientos.

-Tal vez pueda convencer a mi hermana de que nos reciba en la ciudad el próximo fin de semana. –comentó Lu.

-No va a querer. Le gusta ir a bailar o a tomar y a nosotros aun no nos dejan entrar. –contestó Moni.

-No es necesario. Yo solo quiero ir a la tienda de discos y a la de comics, posiblemente podamos tomar una malteada.

-¿Y con qué dinero planeas hacer eso?

-Solo te gusta ver el lado malo de las cosas. Puedo conseguir trabajos pequeños afuera del pueblo. Soy muy capaz.

-Tienes toda la facha de un fiambre, nadie te va a contratar. Bueno, a no ser que busques trabajo de perro cuidador en las noches de luna llena.

-Moni. Un día si te voy a dejar callada con todas las capacidades que tengo. Más allá de ser hombre lobo.

-Ya bésense. Ustedes parecen una pareja de casados peleando. –dijo Bram.

-¿Casados?! ¡¿Nosotros?! ¡Estás loco! – contestaron al unísono, quedándose viendo el uno al otro con algo de sonrojo en sus mejillas.

Bram no pudo evitar sonreír con la escena y más con la llegada de Alicia que se acercaba después de despedir a sus niños.

-¿Sonríes por mí o porque ellos no dejan de discutir nunca? –dijo Alicia acercándose.

-Ambas cosas. Principalmente por ti. –comentó dándole un beso pequeño en los labios.

Después del incidente de los inquisidores sabían que se gustaban y formalizaron un noviazgo. Ser novia de un vampiro tenía sus complicaciones. La vida de día estaba un poco limitada, no es que le molestara mucho, bastaba con que Bram estuviera bien cubierto, pero ni hablar de un día en la playa. Aparte estaba "la sed", la necesidad de tomar sangre para permanecer saludable, poder salir al sol y tener sus habilidades. Tenía que consumir cantidades muy grandes y la mayor parte del tiempo se dedicaba a cazar animales pequeños para mantener las reservas sin que los lugareños sospecharan algo extraño. Alicia se había acostumbrado al ritmo de vida. Era mucho mejor que lo que tenían antes de conocer que existía un mundo oculto, mágico, misterioso y peligroso. Ya no estaba llena de dudas y se concentraba en encontrar el camino hacia adelante.

Sus días eran tranquilos y en ocasiones desesperaba la monotonía. Especialmente a Lu que desde que conoció todo lo que ofrecía el mundo se había declarado fanático de la tecnología, del entretenimiento, de los medios y de cualquier artilugio mecánico. Por eso al identificar un motor de auto que le era desconocido le llamó la atención.

-Se acerca un auto nuevo. –comentó casi para sí mismo.

-Algún papá de los niños se ha de haber conseguido una camioneta. –respondió Alicia.

-Se escucha como un motor deportivo. –contestó Lu mostrándose emocionado.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? No es que desconfíe de tu oído, pero casi no conoces autos. –dijo Bram.

-Tú también me subestimas Braumi. Solo ve el camino.

En el horizonte se podía ver el automóvil de Laura y Jorge. Los jóvenes se quedaron observando extrañados. El carro se detuvo. Jorge

bajo la ventanilla para que Laura pudiera hablar con los jóvenes, le seguía insistiendo en confirmar su ubicación preguntando a los lugareños y eso le seguía molestando, pero lo toleraba como todo lo que venía de Laura.

-Disculpen ¿Ustedes viven por esta zona? –preguntó Laura.

-¿Cómo van a ser ellos de aquí? ¿No los ves? Parecen salidos de una novela. Esos niños de por allá si se ven como de por aquí. Algo mugrositos. –dijo Jorge señalando a los niños del grupo de Alicia que se habían quedado jugando.

-Si vivimos por aquí. –se apresuró a decir Alicia algo enojada.
-Y esos niños son mi grupo al que le doy clases.

-Tú no eres maestra. Apenas y eres una niña. Me consta que por aquí no hay escuelas. Es uno de los problemas que detectamos.
-contestó Jorge.

-Por eso lo hago yo. –declaró Alicia.

-¡Jorge! Deja de ser grosero. Es obvio que esta joven le gusta ayudar. Discúlpenlo. No está acostumbrado a salir de la ciudad.

-Está bien. No hay problema para nada. –dijo Lu. –Pero que hacen personas con un auto tan lindo por aquí ¿Se les perdió la carretera?

-En realidad, creo que vamos por buen camino. Por lo que vemos ustedes son del lugar que buscamos. –comentó Laura.

-¿Cómo? ¿Qué lugar? –preguntó Moni sintiendo nerviosismo al igual que todos los demás.

-Buscamos una nueva comunidad que por lo que cuentan algunos lugareños son muy cooperativos. Es difícil decirlo, ya que muchos de aquí no hablan español y otros dan señas muy ambiguas o raras, como si fueran personas muy singulares. Atrás nos topamos con algunos y creo que empezamos a comprender esas señas raras.

-Un niño con cola. –dijo Jorge con desdén.

-El caso es que necesitamos saber si es un nuevo asentamiento. Solo es cuestión de registros, ya saben. Cosas de políticas. Ha sido difícil. Pareciera que todos se pusieron de acuerdo para mantenerlo oculto.

-Que locura ¿Quién iba a querer eso? –comentó Bram fingiendo

escepticismo.

-Que se pusieran todos de acuerdo. Eso es ser paranoico.
-exclamó Alicia con sarcasmo.

-Tienen razón. -asintió Laura sonriendo. -¿hasta dónde van muchachos? Dejen que los llevemos. Estoy segura que vamos a donde mismo.

-Este... pues... -se quedaron pensando todos.

-¿Los cuatro? No creo que quepan en el auto. -dijo Jorge.

-¡Sí! ¡Eso exactamente! -exclamó Alicia.

-Todos son muy esbeltos. Apuesto a que se pueden acomodar. No creo que a estos muchachos les moleste llevar a estas lindas chicas sentadas en las piernas ¿O me equivoco? -dijo Laura causando que se sonrojaran. -Súbanse. Sirve que platican del lugar en donde viven.

-Este...

-Pues...

-Si... ok... -Se decidieron al fin.

Se subieron al automóvil con desconfianza, no porque los visitantes les supusieran una amenaza, sino porque no sabían cómo podían evitar que estas personas llegaran al pueblo y si no lo podían evitar, al menos inventar algunas buenas justificaciones para la gente con cuernos o piel extraña que se pudieran encontrar.

-No nos hemos presentado. Que olvidadizos. Yo soy Laura Buendía, él es Jorge Del Carpio.

-Yo soy Alicia.

-Lu. Bueno Luis, pero todos me dicen Lu.

-Mónica y me dicen Moni.

-Bram.

-¿Bram? ¿Es tu apodo o tu nombre? -preguntó Jorge.

-Es nombre. Bram. Como el escritor.

-¿Bram Stoker? Qué curioso ¿Tu padre es su admirador?
-preguntó Laura.

-Mi padre es admirador de muchas cosas.

-Eso quiere decir que no pueden estar tan aislados. -comentó Jorge. -Aunque insisto en que tú no pareces de aquí ¿Vienen de otro lado?

-Mi padre ha viajado mucho. Yo no tanto. Casi nada.

-Se ve que eres modesto. Todos lo son. Es interesante que una jovencita como tú dedique su tiempo a dar clases a los niños. -comentó Laura a Alicia.

-Solo las cosas más básicas. Algo de matemáticas o cuentos. No es gran cosa.

-Vez lo que digo. Son modestos ¿Ustedes donde estudian?
¿Hay preparatorias por aquí?

-Bueno. Nosotros no vamos a una preparatoria. Más bien nos instruyen en el pueblo, la familia, algo de autodidactas. -contestó Moni.

-¿Pero cómo?! ¿Cómo piensan ir a la universidad? ¿No quieres estudiar pedagogía en algún momento Alicia? -dijo Laura.

-Si... me interesa, pero es difícil hacerse de esas ideas en nuestra condición. -dijo Alicia.

-¿Qué condición? Puedes ir a la ciudad si quieres. No te cierres el mundo.

-No. Eso es algo que no quisiera. -respondió Alicia mientras todos se veían mutuamente.

-No se preocupen. Yo me voy a ocupar de que su comunidad tenga facilidades y eso se logra colocándolo en el mapa. -exclamó Laura entusiasmada.

Cristian y el pueblo se habían puesto manos a la obra para estar preparados a la llegada de los desconocidos. Coyote había llegado a tiempo. Sabían que algo así podía pasar en cualquier momento, por lo que planearon una estrategia en caso de contingencia. No sería como cuando Barlow se le presentó a Cristian, sería algo menos impactante, sutil y confuso. Que supieran que el pueblo tenía singularidades, pero sin que se

dieran cuenta de que tan singular era.

-Muy bien. Todos trabajen normales. Nada de sacar fuego con las manos por este día o mover cosas con la mente. Compórtense por favor. -decía Cristian en una pequeña junta en el centro del pueblo a lado de Coyote. Era importante mantener las cosas extrañas dentro del margen de lo aceptable, siempre se podía sacar una excusa para un tono de piel extraño e incluso se habían hecho unos expertos en ciertas ramas de las enfermedades de la piel y fisiónómicas, solo para tener argumentos medianamente creíbles.

-Este día va a ser una mierda. Espero que no se haga costumbre. -dijo alguien.

-Solo es por hoy. No creo que quieran quedarse mucho tiempo. Es la prueba de fuego. Si la pasamos viviremos con menos preocupaciones. Todos compórtense con naturalidad y no quieran lucirse. Ya se saben todos sus papeles. -dijo Cristian.

-Yo no estoy muy de acuerdo con decir que tengo pérfido o pérfigo. Yo no estoy enfermo de nada. -comentó un hombre con piel parecida a la corteza de un árbol.

-Muy razonable. -comentó Coyote.

-Véanlo como una actuación. Ustedes siguen siendo ustedes, pero por este momento finjan ser otra persona. -respondió Cristian.

-No va a ser tan difícil. No son muy brillantes. Peores que Cristian cuando lo conocí. -dijo Coyote con sonrisa maliciosa. -¿Recuerdas cuando nos conocimos? Casi te mato.

-Me alegra saber que añoras esos momentos. -contestó con incomodidad. - Bueno. Manos a la obra. De un momento a otro van a llegar y no queremos que pregunten si estamos festejando.

Alex y Barlow se acercaron a Cristian después de que la mayoría se habían ido. Alex ya no tenía su porte serio ni su uniforme que lo distinguía como el jefe del centro de mando. Ahora solo usaba unos pantalones de mezclilla y una camisa de franela. Se dejaba la sombra de la barba y acostumbraba llevar un sombrero para protegerse del sol, ahora acostumbraba patrullar junto con Vic y sus nahuales. Barlow por su parte seguía teniendo su misma apariencia pseudo hippie campesina.

-¿Creen que vaya a haber problemas? Puedo organizar a algunos de los nahuales para montarles un susto de ser necesario. -dijo

Alex.

-No te preocupes. Es mejor reservar esas cartas para cuando en verdad se requiera. –contestó Barlow.

-Lo digo solo por si acaso tenemos que estar preparados. No vayan a ser otra cosa aparte de unos simples forasteros.

-No sabría decir si el Majestic sea tan sutil, no los conocí tanto. Estamos haciendo esto porque suponemos que nunca pensarían que nos esconderíamos a plena vista. –respondió Cristian.

-Buena fuente de información para localizar a nuestros objetivos eran los rumores.

-Pero también la mayoría era información falsa y quedamos en que debemos quedar en ese margen. No muy extraños, no muy ocultos. En vista de que estar invisibles ya no es viable, sin un domo que pudiera protegernos. Que eso de "protección" era muy debatible, más bien para aislarnos. –respondió Barlow mientras caminaban por el sendero empedrado.

-¡Barlooow! ¡Baarloooow! –gritó Mort el vidente con apariencia insectoide corriendo. -¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Los vi!

-¿Qué viste ahora Mort? –preguntó Barlow sin mucha sorpresa y algo de condescendencia.

-¡Los forasteros se acercan!

-¿Vez algún peligro en ellos? –preguntó Alex.

-Mmm... No... pero los vi. –dijo con desgano.

-Al menos desde que estamos aquí Mort ha mejorado mucho en no predecir tantas catástrofes, pero sigue siendo algo paranoico. Será mejor que te cubras bien con tu gabardina y no salgas corriendo, tú serás muy difícil de explicar. –comentó Cristian.

-¿Y cómo vas a explicar a la mascota de tu hija Cristian? –señaló Alex.

-¡Perezoso! Lo olvidé por completo. –El mapinguari mascota de Alicia se había acostumbrado a estar al lado del camino esperando a su ama.

-Podríamos decir que es una especie de oso. –comentó Barlow

al ver el enorme animal echado al sol.

-Aunque lo creyeran. No es común tener un oso caminando por ahí. –contestó Cristian.

-Pues hay que moverlo o algo. –sugirió Coyote.

-Si gustas levantarlo, desde aquí te veo. Tal vez entre tu, Amala y Barlow lo pueden mover al otro lado del camino. Pesa como diez toneladas y creo que acaba de comer. –dijo Cristian.

Perezoso se levantó del lugar donde estaba reposando y puso atención en el camino.

-Parece que ya se quiere ir. –señaló Alex.

-No. Eso quiere decir que ya viene Alicia. Perezoso es como un perro enorme esperando a que llegue su ama. –les dijo Cristian.

-Los que se acercan son los forasteros, escucho el motor de su auto y ya se pueden distinguir en el horizonte. –comentó Coyote.

-Diablos. Vienen con los forasteros. –respondió Barlow

Perezoso avanzó siguiendo a la carretera, como ya era su ritual para recibir a Alicia. Le parecía que en esta ocasión se aproximaba mucho más rápido de lo normal pero su olor era inconfundible, tenía que estar listo para su llegada.

-¡Coyote! ¡Agárralo! –gritó Cristian.

-¿Quién? ¿Yo? Mejor que los aplaste a ellos y no a mí.

-Barlow. Ayúdale. Alex y yo interceptaremos el auto. –salieron corriendo por el camino dejando a los demás siendo arrastrados por Perezoso, que muy difícilmente podían contener.

-Mira. Ahí está tu papá, el soberano del pueblo, Alicia. –comentó Lu sarcásticamente.

-¿Tu papá es el alcalde o algo así? –preguntó Laura.

-No es como suena. Lu exagera. El pueblo se maneja con un grupo de consejeros, el papá de Bram es la cabecilla y mi papá es el que

se encarga de tratar con los fuereños.

-Entonces es con quien debemos de hablar. -dijo Jorge deteniendo el automóvil.

Cristian y Alex jadearon exhaustos después de haber corrido un buen tramo de camino. Solo el suficiente para que no pudieran distinguir a Perezoso. El auto se detuvo a escasos metros de ellos y se abrieron las puertas traseras.

-¡Hija! ¿Qué sorpresa nos trajiste? - exclamó Cristian.

-Papá. Te presentó a Laura Buendía y Jorge Del Carpio, son de una organización filantrópica. -dijo Alicia, poniendo énfasis en la palabra organización. -Vienen a ponerse al día con la población local y creen que deben de conocer el pueblo. Tú podrías ayudarles y tal vez no tengan que perder su tiempo.

-¡Con gusto! Qué alegría conocerlos. Soy Cristian Andrés, él es Alejandro Guerrero. Es el encargado de la seguridad.

-¿También tienen alguien que se encarga de la seguridad? -exclamó Jorge. -Pero si es una sociedad al margen del gobierno ¿Están haciendo una especie de experimento anarquista?

-No seas paranoico. Deja que ellos nos expliquen. -dijo Laura.

-No es experimento anarquista. -es otro tipo de experimento, pensó Cristian sin decirlo. -Somos un pequeño grupo de diferentes etnias que se juntaron para vivir en cooperación.

-¿Entonces son una comuna hippie?

-No llevamos bandera. Es... diferente, Jorge ¿Puedo llamarte Jorge? -preguntó Alex.

-Licenciado Del Carpio. -contestó secamente.

-No seas estirado Jorge. A mí sí me pueden decir Laura. -dijo tendiéndoles la mano.

-Mucho gusto. Su apellido le queda. Estoy seguro que se da un buen día con su presencia. -dijo Cristian tomando la mano de Laura y sonriéndole, a lo que le respondió con otra sonrisa.

A Jorge se le calentó la vena de los celos, era común cada vez que Laura conocía a un hombre y este se portaba amable. Su actitud se

volvió más áspera.

-Disculpe Sr. Andrés. No venimos aquí en plan turístico. Estamos trabajando.

-Trataré de que no pierdan tiempo. Lo que me recuerda. Alicia, debes adelantarte. Tu "mascota" está un poco inquieta. -dijo Cristian.

-¡Ah! Es verdad. He... nos vemos luego. -contestó Alicia caminando torpemente.

-Espera. Todavía falta para llegar. Súbanse para llevarlos en el automóvil. -exclamó Laura sin comprender cuál era el apuro de atender a un perro o gato.

-No. Lo mejor es que empecemos... por allá. En las granjas. -dijo Cristian señalando los sembradíos más cercanos.

-¡Eh! Sí. Nosotros nos vamos adelantando. -dijo Bram alejándose con los demás. -Nos vemos después. Adiós. Mucho gusto.

-No nos tardaríamos en llevarlos. En serio. -respondió Laura.

-Ustedes son personas ocupadas, ya han recorrido mucho camino y lo que la mascota de Alicia es capaz de hacer es vergonzoso de ver. Limpiar es mucho trabajo. -comentó Alex.

-¿Qué es? ¿Un caballo? -preguntó Del Carpio.

-Más grande. Mejor empecemos.

-Por supuesto. Tengo muchas preguntas. Ustedes son muy raros. -dijo Del Carpio.

El recorrido trató de ser breve. Les mostraron las cosechas superficialmente, aunque Jorge se la pasaba preguntando la forma en que hacían para tenerlas en tan buen estado sin maquinaria. Cristian solo esquivaba las preguntas diciendo que era un proceso largo de explicar y que eventualmente se los mostraría, obviamente no les mostraría a Blanca sacando berenjenas en un segundo. Axtlet trató de ocultarse entre las cosechas, aunque a Jorge le pareció verlo, a lo que comenzó a sospechar de tener alucinaciones.

Laura se mostró entusiasta. Le parecía fascinante como en tan poco tiempo habían logrado construir tanto. Estaba acostumbrada a ver las comunidades de reciente creación como poco más que un pequeño

grupo de cabañas austeras construidas más por necesidad que con una intención, pero veía la infraestructura planeada con anticipación; si bien no era grandiosa, por lo menos demostraba una gran organización y cooperación. Esta fascinación parecía segarla ante los elementos extraños con los que se topaban. Cosas que Del Carpio no pasaba por alto.

Más allá de encontrarse con gente con aparentes prótesis de cuernos y una cantidad enorme de gente con enfermedades en la piel. Lo que más le llamó la atención era que tenían luz eléctrica. No había ningún misterio, era el resultado de la libertad que les concedieron a Heflin y Gibbs, una de las tantas razones por las que terminaron aceptando que se quedaran, además de que Simmons prefería tenerlos vigilados.

Su última parada fue el pequeño edificio en el que los consejeros se reunían para discutir sobre los problemas que se presentaran, solo era una habitación amplia con una puerta más holgada en donde habían colocado alguno que otro estandarte para que diera un sentimiento parecido al orgullo patriótico, pero a ojos externos solo era una bodega medio vacía. Barlow los esperaba detrás de un escritorio con algo de nerviosismo a la expectativa de sus reacciones.

-No puedo creer que hayan construido todo esto. Con razón llamaron tanto la atención. -dijo Laura.

-Esto debió de haber costado mucho dinero. Es imposible que todo lo hayan conseguido de manera casual. Muchas de estas cosas son imposibles sin maquinaria. -inquirió Del Carpio.

-Tenemos hombres muy fuertes y hay técnicas de construcción alternativas. No ha escuchado de los Amish. -comentó Barlow.

-Incluso ellos carecen de electricidad. -replicó Del Carpio.

-Nuestros ingenieros son inquietos. -se apresuró a decir Alex.

-También me incomoda la cantidad de gente con deformidades y rarezas en la piel ¿No existe un foco de infección o algo? Ustedes dijeron que era una unión de diferentes etnias ¿Cuáles etnias? Hay desde anglosajones hasta indígenas. Se nota que ustedes están estructurando en una sociedad más compleja. -dijo Del Carpio.

-Solo estamos apostando por la autonomía. No le pedimos nada a nadie. Además de que como verá, tenemos ciertas necesidades especiales por las personas que aquí habitan. Mucha de nuestra gente es de etnia indígena o de grupos minoritarios. -contestó Barlow.

-Muy. Muy minoritarios. –reafirmó Cristian.

-El derecho de autonomía es para comunidades homogéneas de una misma etnia, que tienen costumbres diferentes por su cultura. Eso yo no lo veo aquí. Ni siquiera puedo identificar si tienen costumbres culturales. Todos son muy diferentes entre sí ¿Hablan alguna lengua diferente al castellano? –reclamó Del Carpio.

-Casi todos aquí hablan alguna lengua de su etnia de procedencia. –dijo Cristian. –Por eso no hemos tenido problemas para comunicarnos con las demás comunidades. Incluso yo he tenido que aprender algo de náhuatl y mayapan.

-¿En serio? Dígame algo de lo que ha aprendido. Soy un estudioso de las lenguas y he tenido mucho contacto con ellas. –contesto Del Carpio.

-Bueno. Pues... itejuatsin tecuiloni! –exclamó Cristian con entusiasmo.

-¿Qué?!

-Creo que le acabas de decir algo parecido a que es homosexual. –dijo Barlow con mucha seguridad.

-¡Oh! Bueno, aquí somos muy tolerantes. –dijo Cristian en tono de broma. –Y... como dije, apenas estoy aprendiendo. Ya se me hacía raro que siempre se rieran cuando me lo decían.

-No me engañan. Aquí está pasando algo raro. Lo comprobaremos cuando regresemos con más gente. No sé si sean drogas o una sociedad anarquista pero ya lo veremos.

-Tranquilízate. Te estás metiendo en cosas que no te corresponden. –reclamó Laura.

-¿No vez que nos quieren ver la cara? Yo no me trago el cuento de que son un pueblito inocente. Están haciendo algo que no quieren que se sepa. No sé qué sea, pero debe ser grande si es necesario un pueblo entero para ocultarlo. –dijo Del Carpio con decisión y encaminándose a la salida.

-¡Espere! –se apresuró a detenerlo Cristian. –Denos una oportunidad.

-No te exasperes. –ordenó Laura deteniéndolo. –Se ven muy

buenas personas. Tampoco venimos a causarles problemas.

-¿Qué es lo que propone? –preguntó Del Carpio con más tranquilidad, era el efecto de no querer molestar a Laura.

-Podrían quedarse unos días a convivir con nosotros. No tenemos hoteles, pero estoy seguro de que se sentirán a gusto en casa de Cristian. –sugirió Barlow.

-¡¿Qué?! –exclamó Cristian.

-Es excelente. La comisión no termina hasta dentro de unas semanas y ya vamos muy aventajados. Podríamos tomarlo como unas cortas vacaciones y ni siquiera gastaríamos. –dijo Laura.

-Esperen un momento por favor. –Cristian tomó a Barlow y lo alejó un poco.

-¿Por qué los invitas a quedarse? ¿Y porque conmigo? –reclamó Cristian.

-Esa estrategia funciona antes contigo. Además, donde estarían mejor ¿En la casa de los vampiros, la de los hombres lobo o la del militar con armas guardadas hasta en la nevera? Tu eres la mejor opción. Confía en mí. –contestó Barlow.

-Tengo un incómodo deja vu con esa frase.

-Es como en los viejos tiempos. –dijo sin prestarle atención a las quejas. -Ya está todo arreglado. Ustedes pasarán con nosotros unos días y terminarán convencidos de que somos una comunidad normal y cooperativa. –anuncio Barlow.

-Si... yo los llevo. –dijo Cristian adelantándose y mostrándole la salida a los visitantes no sin dedicarle una mirada de inconformidad a Barlow.

Cuando los visitantes salieron solo quedaron Barlow y Alex mirándose mutuamente.

-Sigo pensando que debemos darles un susto. Ya piensan que somos narcotraficantes.

-Démosles tiempo. Si no funciona nos movemos a alguna cordillera peruana. Hace mucho que no voy para allá. –contestó Barlow dándole una palmada en el hombro a Alex.

Capítulo 4

4. Los Iluminados: Del lado de acá

Muchos, muchos años atrás...

Para ser alguien que no presumía de ser un hábil constructor, se sentía orgulloso de ese pedazo de madera que había esculpido con sus propias manos. Para los espectadores de su obra solo era una enorme cazuela alargada que se quemaría a la primera puesta al fuego. Quetzá no tenía ni la más mínima intención de utilizarla para cocinar. Su plan era mucho más ambicioso. Tenía que serlo para invertir tanto tiempo y esfuerzo. Esa cazuela alargada no era su primera creación, solo era la última que en apariencia era lo suficientemente eficiente como para poder soportar montarla en el agua con su propio peso. Sus primeros intentos fueron lastimosos pedazos de madera que, si bien flotaban, no hacían más que volcarse cada vez que intentaba subirse. Situaciones que le valieron unas largas burlas de parte de sus espectadores. Lo respetaban, pero no podían evitar sentir lastima de la loca idea de su antiguo líder ¿quién en su sano juicio se imaginaria cruzar el mar en busca de nada?

Había muchos obstáculos que considerar antes de embarcarse en ese proyecto. El primero era la duración del viaje. No podía estar seguro de cuantos víveres eran necesarios, su dieta especial necesitaba cuidado especial. Se tuvo que acostumbrar al sabor de la sangre seca y coagulada, iba a ser muy difícil conseguir nuevas reservas en cuanto se embarcara, llevar una cantidad considerable era importante pero tampoco podía llevar una cantidad exagerada de peso. Tenía que considerar como evitar exponerse al sol; incluso entre los humanos la exposición prolongada les era nociva. Durante mucho tiempo no se tuvo que preocupar por eso; las limitadas salidas que tenía apenas y lo hacían sonrojar, además de que el templo apenas tenía ventanas que permitieran la entrada de luz. Al ser exiliado pudo comprobar sus ventajas y limitaciones de la misma manera que pudo ver la inventiva de las personas que no contaban con sus mismos poderes. La gente normal no necesita de una gran fuerza, velocidad o extraordinaria resistencia, solo hacía falta una gran imaginación y algo de maestría.

Aprendió a manejar las herramientas para moldear madera, entre más trabajaba más ideas se le venían a la cabeza. Ahora estaba preparando una lona de cuero curtido que lo protegería del sol. También tenía un compartimiento donde cabía una persona perfectamente y muchas provisiones. Embarcarse en esa balsa le emocionaba y si fallaba, construiría otra mejor.

-Te emociona ¿Verdad? (Traducido de Mayapan) – dijo uno de los iluminados al que llamaban Kimbak, un hombre viejo que inspiraba

respeto por sus luminiscentes ojos, lo que indicaba ser portador de uno de los seres del cielo.

-Es lo que me hace despertarme todos los días o noches en mi caso. -contestó Quetza.

-Supongo que partirás de noche. La marea será alta, puede que sea peligroso.

-Sera peligroso sin importar la hora. Un riesgo que estoy dispuesto a correr. Espero que no estés intentando disuadirme.

-Tal vez. Las cosas son muy diferentes desde que llegaste con tu gente. Desde que los seres del cielo eligieron portadores creímos que sabíamos todo sobre lo que hay allá afuera. Ahora sabemos que no conocemos ni siquiera los territorios cercanos. Eso ha despertado ciertas emociones.

-¿Por qué? No somos los únicos con los que se han topado. -contestó sin dejar de trabajar.

-Nos hemos topado con tribus pequeñas, viajeros perdidos. Algunos se quedan y otros se van. El tuyo fue el grupo más grande. Hemos aprendido mucho de ustedes y creo que ustedes han aprendido de nosotros. -declaró Kimbak mirando las chozas de su pueblo el cual se había fortalecido mucho.

-Eso es bueno. Por eso me voy tranquilo. Dejo a mi gente en buenas manos. -dijo Quetza dándole palmadas en el hombro con camaradería.

-Hay más cosas que considerar. Ahora sabemos que existe un pueblo más grande y liderados por alguien igual que tú. Eso ha causado algo de miedo.

-Tezca no se va a acercar. Es un hombre que no cambia de parajes. No se tienen que preocupar. Solo, traten de no ir hacia lugares más fríos.

-Es lo de menos. Darnos cuenta que los portadores no lo sabemos todo, ha hecho que los demás se pregunten contra qué cosas no estamos preparados. Sabemos defendernos, pero como sabremos qué hay más allá de lo que conocemos. Debo reconocerlo, el pensar en todas las posibilidades me da miedo y la entidad de los cielos no da respuestas. Tenerte por aquí me haría sentir más tranquilo. -dijo Kimbak.

-No soy un guerrero. Si así fuera no estaría aquí. Solo tengo dones que no pedí, que no comprendo bien y a la vez son una maldición; solo sé adaptarme. Estoy seguro de que ustedes también pueden hacer cosas que

no comprenden. Todavía no sé si comprendo lo de ser portador de un ser de los cielos.

-Es un don, pero no es bueno para luchar. Podemos hacer unos chispazos brillantes que apenas y se sienten como un piquete, no ayuda en batalla y el generar brillo nos hace blancos en la oscuridad. La pelea no es lo nuestro. Aunque, saber que en los cielos suceden cosas magnificas que afectan la tierra y el mar, es una ventaja que se agradece. Hay cosas que no nos toman por sorpresa. Tú lo hiciste. Debo decirte que nos hiciste más humildes.

-Supongo que es un alago. -dijo Quetza sonriendo. -Con eso no me vas a convencer. No dure tanto tiempo anhelando conocer el mundo para volver a estancarme. Estarán bien, estaban bien antes de que llegáramos.

-Si no hay manera de disuadirte al menos permítenos despedirte como se debe. La cosecha de este ciclo fue muy buena, podemos tomar algo para tener un banquete de despedida.

-Suenan agradable. No sé si voy a poder comer algo cuando me vaya.
-contestó.

Anom era uno de los iluminados que se había encargado de organizar las patrullas de la aldea. No era un trabajo extenuante y consideraba que era una labor innecesaria, pero era el tipo de cosas que se les encargan a los de bajo nivel, algo no muy importante pero obligatorio. Como humano normal era joven a diferencia de los demás portadores, tal vez demasiado joven para el gusto de su propia entidad. Todavía gustaba de sobrepasar sus límites físicos y estaba consciente de que la entidad le concedía habilidades que los demás portadores no usaban. Saber el comportamiento de los astros y los instintos de los animales les había ayudado a adaptarse mejor y utilizar la naturaleza a su favor. Eso ya no le era suficiente. Esos privilegios no le habían hecho ser más especial que cualquiera de los de su tribu, solo apenas superior a los que no eran portadores y sin posibilidad de demostrar su valía.

La llegada de Quetza lo motivó por su procedencia; un imperio que se expande construyendo palacios. Creía que era su lugar y su ente de los cielos no debatía esa idea. En realidad, los entes de los cielos no eran sabios divinos sino criaturas arrancadas de su lugar de origen que comenzaron a aprender del entorno, tanto como los portadores aprendían de ellos. Los seres del cielo eran mucho más inocentes de lo que creían, tan inocentes como ellos mismos.

Durante sus noches de vigía observaba al horizonte imaginando ese imperio que se encontraba a su alcance. Quetza añoraba conocer nuevos

lugares, pero Anom añoraba llegar a la grandeza. La noche previa a la salida de Quetza la grandeza lo encontraría a él.

Acompañado de tres cazadores dio una última ronda antes de regresar a la aldea. Parecía ser una noche normal y aburrida, las antorchas no iban a aguantar más, debían dar vuelta si es que no querían regresar alumbrados solo con el reflejo de la luna. Un rugido estremecedor pero lastimero hizo que el grupo se detuviera y dirigiera su atención a un rincón oscuro de la selva. Los cazadores tomaron sus lanzas y las apuntaron de frente preparados para atacar. El rugido empezaba a parecer un lamento doloroso y fantasmal, se trataba de un animal, un jaguar convaleciente luchando por mantenerse con vida, por lo tanto, más peligroso.

Los cazadores se acercaban con cautela. Anom fue el primero en ver al decadente animal. Un magnífico jaguar que ni siquiera levantó la cabeza para verlos, estaba débil y herido. Una profunda marca sanguinolenta en el cuello era la muestra de acababa de ser atacado.

¿Qué animal sería capaz de hacerle frente a un jaguar?

La respuesta se dio en forma de una sombra entre la maleza. Los cazadores se pusieron a la defensiva, Anom iluminó con la antorcha, el ser oculto saltó hacia las ramas elevadas de los árboles al sentir la luz. Uno de los cazadores arrojó su lanza, intentando darle en el aire, no se acercó ni por asomo, la lanza quedó encajada en el tronco de un árbol. Anom reprendió a su subordinado. Lo que sea que fuera le interesaba conservarlo íntegro.

La criatura saltó de un árbol a otro en movimientos erráticos. Anom escuchaba la agitada respiración y el dolor que le causaba hacer esos movimientos. Estaba herido por la pelea con el jaguar y aún era impresionantemente ágil. Los cazadores comenzaron a lanzar sus lanzas a pesar de las protestas de Anom, sin producir nada más que el enojo de la criatura y el derrumbe de las ramas. La criatura se dejó caer sobre los cazadores como una sombra demoníaca, estos se apartaron al verse amenazados. La figura se incorporó revelando que se trataba de una figura humana, demacrado al grado de parecer una momia con pómulos enormes y una frente deformada, su boca estaba manchada de sangre y de esta brotaban unos afilados colmillos. Los cazadores atemorizados atacaron sin pensar. A pesar de su débil apariencia pudo hacer frente a los cazadores, como si de una fiera imparable. Anom observaba detenidamente, se daba cuenta de que estaba desgastado, respiraba con dificultad y su cuerpo estaba marcado con las heridas del jaguar. Era sorprendente que aun tuviera la fuerza para pelear con tanto coraje. En sus mejores condiciones debería de tratarse de un sujeto excepcional.

Los cazadores contuvieron poco a poco a su oponente. Sometiéndolo contra el suelo y estrujando su cuerpo con sus lanzas. Uno de los cazadores impulsado por la adrenalina levantó su lanza dispuesto a encajársela. Anom lo detuvo. Lo quería con vida.

Quetza era un hombre apreciado. No podía ser de otra manera ya que era considerado como un libertador para los que estaban en condición de esclavos, prisioneros o disconformes con su antiguo líder. Ese cariño se vio reflejado en la noche previa a su partida. Muchos lo tomaron con melancolía, pero lo aceptaban con ese festejo lleno de baile y regocijo. Para despedirlo con propiedad unieron esfuerzos con los Iluminados. Se prepararon jarras con bebidas fermentadas de diferentes frutas y cortezas a las cuales les llamaban "balche", cazaron jabalís y sacrificaron varios animales de crianza para hacer una fiesta parecida a un ritual religioso. No es que lo consideraran un dios, pero sabían que no se trataba de una persona normal y no podían evitar concederle algo de divinidad, de la misma manera que se la concedían a los Iluminados. La música y las danzas se acompañaban con las risas y las pláticas. Quetza se despedía de sus conocidos quienes no podían contener la tristeza, aun así, seguía siendo una noche de algarabía.

Eso, hasta la llegada del sequito de Anom, que hubiera pasado desapercibida de no ser por su presa. Lo tenían colgado de una rama como un animal, pero los rasgos eran inconfundibles, sus pómulos sobresaltados y los espacios de sus cejas resaltados con un aspecto demoniaco. Para los que llegaron a conocerlo, sabían de la fama de demonio que se manifestaba en las batallas, ver ese rostro confirmaba las leyendas. La alegría se fue esfumando mientras los murmullos apagaban la música.

-¿Qué es lo que pasa? ¿A qué se debe esto? –preguntó Kimbak.

-Lo encontramos en la selva. No sabemos que sea. Es muy fuerte. Pudo con un jaguar mano a mano. –contestó Anom.

-¡ES UN MONSTRUO! –gritó una voz en la muchedumbre.

-¡SABEMOS QUIEN ES! – exclamó otro.

-¿Quién lo conoce? –exigió saber Kimbak.

-Todos los que venían conmigo, yo soy quien lo conoce mejor. –se adelantó Quetza.

-¿De dónde lo conoces? –preguntó Anom.

-Es mi hermano. –contestó con pesadumbre.

Quetza tuvo que posponer su viaje. Después de tanto tiempo sin saber de Tezca había llegado a pensar que jamás lo volvería a ver. En una parte profunda de su corazón sabía que lo quería y ahora que lo tenía en frente le causaba incomodidad. Temía volver a la antigua mecánica de dependencia; líder y subordinado, pero podía negar que la sangre llama. No tenía carácter para dejarlo moribundo, a su propia suerte. Su aspecto famélico indicaba que había pasado mucho tiempo sin probar una gota de sangre. La pelea contra el jaguar fue un intento desesperado de alimentarse. Sabía que la sed los hacía más violentos, era una fuerza desesperada que se apoderaba de sus cuerpos. Los volvía débiles, pero también osados y desesperados. Jamás había imaginado que la sed pudiera deformarlos tanto, pero tampoco había tenido tanta hambre; el aspecto era de un demoniaco muerto viviente. La sangre de animal le estaba devolviendo la fuerza, aun así, apenas podía comunicarse. Tomaba un poco de sangre al despertar y luego volvía a quedar inconsciente. Su piel era testimonio de que había sido agredido por algo más que animales salvajes. Al menos algunas de las cicatrices correspondían a cuchillos de obsidiana de artesanía conocida; armas de su pueblo.

Su gente no estaba contenta con la llegada de Tezca. Se animaban a expulsarlo, a encarcelarlo y en el peor de los casos a ejecutarlo. Muchos sufrieron sus políticas represivas o la esclavitud y sometimiento. Los que no lo conocieron en persona lo reconocían por rumores. Sabían que era un hombre peligroso con o sin ejército. Las descripciones del encuentro de Anom confirmaban el miedo y reavivaban los temores de Quetza de representarse como seres sobrenaturales. Muchos habían escuchado historias; pocos las habían confirmado de primera mano. Cada una alimentaba la leyenda de que su emperador era un demonio. Quetza se había librado de las especulaciones gracias a su carácter benevolente y la gente formó un cuento que se difundió como la espuma; el contrapeso del bien contra el mal, la razón del conflicto entre ellos y por lo que lo siguieron cuando fue expulsado. Creyeron que la ciudad se convertiría en un infierno sin alguien que pusiera un freno a las paranoias de su dirigente.

Quetza sabía que estaba metido en un agujero profundo. A Tezca lo querían linchar, este se defendería y mataría en el proceso; no podía permitirlo. Solo hacía unas noches se estaba preparando para emprender su aventura y ahora tenía que volver a anclarse a su hermano. Realmente deseaba que no le importara lo que pudiera suceder y seguir con sus planes, a final de cuentas él fue quien lo expulsó a causa de la envidia. Tezca no podía soportar que Quetza no fuera su sombra. Si lo aceptaba de

nuevo tendría que esperar el mismo trato. Sin embargo, Tezca le salvo la vida cuando descubrieron su naturaleza y la necesidad de beber sangre. Ahora le estaba devolviendo el favor al cuidarlo en su momento más débil. Tal vez eso compensara las cosas y se sentiría más libre cuando se repusiera. Le diría que cada uno tendría que seguir su propio camino y que no le debía nada.

Los Iluminados se encontraron divididos en opinión. Los que suponían que Tezca era peligroso consideraban dejárselo sus detractores para que se encargaran. Kimbak confiaba en la prudencia de Quetza y sugerían darle libertad de acción. En una solitaria opinión se encontraba Anom que se había prendado de la demostración de fuerza, no lo veía como una amenaza sino como una fuente de aprendizaje; siempre le pareció que Quetza era una persona de carácter débil que tenía un grupo de seguidores injustificado. Un líder no debía de ser derrotado o tener mano tan blanda.

Los días pasaban y Tezca se recuperaba. Muchos temían de lo que sucedería cuando estuviera consciente, pero trataban de mantener su vida a pesar de las dudas. Cotidianidad que se rompió muy pronto.

Esa mañana todos estaban ocupados en sus propias tareas. Los cazadores ya habían tenido una sorpresa, no esperaban nuevas contingencias tan pronto, por lo que identificar una columna de humo que se elevaba por sobre las copas de los árboles los inquietó. Significaba que alguien se asentó en las cercanías y elaboró una fogata. Anom llevó a sus cazadores para investigar. Se trataba de un grupo de viajeros que portaban armas de guerra, hachas de obsidiana, arcos y mazas. Tenían insignias y adornos en sus ropas que indicaban cierto rango. No podían tratarse más que de soldados. También tenían un mejor entrenamiento. Ya que sin darse cuenta los cazadores se vieron rodeados de un grupo que se colocaron a su alrededor bloqueándoles el paso. El líder se adelantó y comenzó a hablar en un lenguaje que no todos comprendían pero que reconocían como el idioma de Quetza.

Al atardecer comenzaron las preguntas acerca del paradero de los cazadores. Acostumbraban regresar antes del mediodía y muchos habían visto la columna de humo, por lo que los malos augurios se aglutinaban en la aldea. Cuando vieron a Anom regresando a la lejanía se apresuraron a preguntar por lo sucedido, este se adelantó a paso firme hasta la tienda en donde se encontraba Quetza. Arrancó la piel que cubría la entrada, haciendo que la luz del sol entrara de golpe, provocando que Tezca se convulsionara y que Quetza despertara en una sensación parecida a ser empapado con un chorro de agua helada.

-¿Qué es lo que sucede? –preguntó Kimbak llegando detrás.

-Unos soldados vienen en camino. Tienen de rehenes a mis hombres y no los soltaran a menos que les entreguemos a él. – señaló a Tezca.

Quetza solo se cubría con una tela mientras se quedaba mirando a su quejumbroso hermano y se preguntaba qué peligro había traído consigo.